

Christopher Domínguez Michael, *Vida de Fray Servando*, México, Era-Conaculta-INAH, 2004, 804 p. (Biblioteca Era)

Incluso en el mundo académico, las prisas, la premura y el apresuramiento, que podríamos considerar factores consustanciales a la “modernidad” (como quiera que se le entienda), han hecho estragos. En otras palabras, en la academia del siglo XXI las obras “de largo aliento” son cada vez más escasas (sobre todo, quizás, en la academia hispanoamericana). La lectura “cuantiosa”, la meditación y el trabajo dedicado, laborioso, son, cada vez más, una *rara avis* en un mundo que, supuestamente, vive de la lectura y la reflexión.

Actualmente, por motivos muy diversos, se privilegia la ponencia, el artículo, el ensayo,<sup>1</sup> si se puede, no muy extenso; de preferencia, con la menor cantidad de notas posible; de preferencia también, las citas que sean a la manera estadounidense (ahora, si insistimos en citar como aprendimos a hacerlo, que las notas aparezcan al final del texto, “para no distraer al lector”). En este contexto, un libro como la *Vida de Fray Servando* de Christopher Domínguez Michael (quien, por cierto, no es académico) debe ser recibido con el mayor beneplácito intelectual. Se trata, digámoslo de una vez, de una excelente biografía. Una excelencia que, sobra decirlo, no se desprende de su extensión (más de ochocientas páginas incluyendo notas, cronología, bibliografía e índice onomástico), sino de algo mucho más importante: estamos frente a un texto bien concebido, bien armado, muy bien trabajado y excelentemente escrito.

Sin embargo, la razón principal que está detrás de nuestra valoración de este libro se desprende de una cualidad que es una especie de corolario de lo dicho hasta aquí: al detenerse su autor, como lo hace, en todos los “elementos” (personajes, hechos, grupos, corrientes, etcétera) que, de una u otra manera, forman parte de la vida de Mier, el resultado es un extraordinario panorama del mundo hispá-

<sup>1</sup> El tema da para mucho. No me extendo, sin embargo, porque al respecto Ariel Rodríguez Kuri publicó hace poco un trabajo que haría ociosas casi todas mis observaciones: “El yate contra el carguero (Ensayo contra el ensayo)”, en *El ensayo y el tratado*, Yanna Haddaty, Silvia Pappé y Ariel Rodríguez Kuri, eds. (UAM, 2006; *Cuadernos de Debate*, n. 7).

nico de los últimos decenios del siglo XVIII y primeros del XIX. Estamos pues frente a una biografía que, gracias al biografiado, sin duda, pero, sobre todo, gracias al biógrafo, nos retrata toda una época, así como el espíritu que la refleja y, al mismo tiempo, le da vida. Lo cual, no debiera sorprendernos demasiado, pues el propio Domínguez Michael lo dice expresamente en su libro. En la última parte del texto (después de afirmar que lo que motiva toda biografía es “cualquier cosa antes que una persona”, tema al que nos referiremos enseguida), añade: “Es historia, es política, es religión, un pretexto para escribir sin detenerse sobre todo lo humano y lo divino.” (p. 605). Por esta manera de concebir su libro es que la “biografía” de fray Servando no nos refiere algo parecido al tradicional “Mengano nació...” sino hasta la página 59.

Lógicamente, como todos los libros ambiciosos, éste tiene deficiencias e inexactitudes, pero antes de mencionar aquellas que nosotros pudimos percibir (y que consideramos que vale la pena apuntar), vamos a lo que realmente importa: dar una visión panorámica del panorama de época que Domínguez Michael ha dibujado para todos aquellos interesados en la parte final del Antiguo Régimen y en la primera etapa de la historia de México (y, en cierto sentido, del resto de la América hispana; sobra decir que estamos frente a un personaje de estatura, cuando menos, continental).

Dicha visión, lo decimos abiertamente, tiene como principal objetivo animar al lector a hacerse con el libro que reseñamos y adentrarse así en una vida apasionante (desde cualquier punto de vista), de una época interesantísima (desde cualquier punto de vista), de un autor apasionado (como siempre, pero como pocos) por su biografiado. De hecho, iniciamos este recorrido de la *Vida de Fray Servando* con lo que Domínguez Michael nos dice sobre el arte de la biografía, de su biografía, pues es aquí donde, creemos, se pueden encontrar algunas de las pistas de su pasión vital por Mier. Son menciones hechas de paso dentro del libro, así, en la página 251, Domínguez Michael nos dice que las pesquisas que hizo de su personaje en Roma fue “para concederle el privilegio de la duda a la silueta, que no al hombre, que me ha acompañado durante quince años”. Esta misma noción, la del carácter inasible de fray Servando, está, por lo demás, en esa cita del *Sartor Resartus* de Carlyle que el autor coloca como epígrafe de su libro: “¿En qué consisten vuestros datos históricos y vuestros datos biográficos? ¿Se puede conocer a

un hombre, y sobre todo, a la humanidad, ensartando esas cuentas a las que llamáis datos? El hombre es el espíritu con que trabajó; no lo que hizo sino lo que llegó a ser. Los datos son jeroglíficos grabados, cuya clave pocos poseen.”<sup>2</sup> El autor es más explícito aún a este respecto cuando, más de seiscientas páginas después de haber comenzado su empresa aparentemente biográfica, afirma que no fue sino hasta que leyó las cartas que Manuel Torres escribió a fray Servando en 1821 cuando dejó de dudar “de la existencia del personaje” (p. 605).

Esta “modestia” en cuanto a la capacidad de poder tocar al biografiado, por decirlo así, y de adentrarse en él (tan poco común, por lo demás, entre muchos biógrafos) se pone de manifiesto en diversos pasajes. En uno de ellos, Domínguez Michael afirma que dos siglos de investigaciones (incluidas las suyas) sobre Mier “no trastornan sustancialmente el autorretrato servandiano” que se desprende de sus *Memorias* (p. 543). Más adelante, refiriéndose a la mitomanía y a la verborrea de Mier, el autor prefiere no elucubrar al respecto: “...sería infértil ir más lejos en una interioridad que nos es tan ajena.” (p. 629). Esta cautela se combina con esa pasión por el biografiado a la que ya nos referimos, combinación que, aunada con ese cuidadoso afán por contextualizar cada paso vital de fray Servando, conforma uno de los aspectos más atractivos del libro que reseñamos. Dicha pasión se manifiesta de muy diversas maneras a lo largo del mismo (“...mi atracción por Mier proviene del más infantil de los recuerdos literarios...”; p. 285); incluso cuando quiere despedirse de su protagonista, Domínguez Michael no puede evitar traslucir ese amor intelectual que le profesa: “No veo llegada la hora de dar cuenta de este mamotreto en pocas palabras, y salir de esta abominable y frailuna lectura sin perder la cabeza.” (p. 691)

La *Vida de Fray Servando* esta dividida en cinco libros: I, “El arte de la predicación (1763-1795)”; II, “Vida de pícaro (1796-1805)”; III, “El prodigio de la historia (1805-1816)”; IV, “La última disputa por el nuevo mundo (1816-1820)” y, por último, V, “Profeta en su tierra (1820-1827)”. Un total de diecinueve capítulos a los que se añade un epílogo (que se ocupa en realidad de una cuestión póstuma: Mier como una supuesta momia itinerante). Por razones biográficas que

<sup>2</sup> Por cierto, éste sería uno de los escasos elementos del libro que nos pareció “excesivo”: la cantidad de epígrafes (más allá de la pertinencia y perspicacia, innegables, de algunos de ellos).

los lectores (en este caso los nuestros) seguramente conocen, los dos primeros libros, que comprenden cuarenta y dos años de la vida de fray Servando, están dedicados a cuestiones de índole religiosa. En nuestra opinión, ésta es la mejor parte del libro. Una opinión con la que, probablemente, el autor coincidiría, pues en las primeras páginas de su biografía escribió: "...desde que comencé este libro hace más de una década, me convencí de que para ofrecer, al menos, un perfil de Mier, se requería asomarse, no a la historia patria, sino a la del catolicismo romano, de la Iglesia hispanoamericana y de las órdenes religiosas." (p. 24). Efectivamente, Domínguez Michael se asomó (y algo más que eso) a estos temas, lo que explica en gran medida la calidad de la descripción y del análisis del complejísimo tejido sociocultural que era la vida religiosa (en su sentido más amplio) en la Nueva España y en la metrópoli durante la segunda mitad del siglo XVIII. Lo que nos permite entender la gran cantidad y variedad de implicaciones del célebre sermón del 12 de diciembre de 1794 (cuyas consecuencias, por cierto, hicieron de Mier el personaje histórico que es; entre ellas, no está de más apuntarlo, sus célebres y celebradas fugas no son más que incidentes relativamente menores).

Esta parte del libro está llena de descripciones críticas sobre una enorme cantidad de aspectos doctrinarios, teológicos e ideológicos que, como ya señalamos, conforman un ambicioso retablo intelectual de la época. Entre esos aspectos, se pueden destacar, entre otras muchas, las páginas dedicadas a la expulsión de los jesuitas (p. 55-60), a la orden dominica (p. 67-75) y, más adelante, al abate Grégoire (p. 178-192). Domínguez Michael no quiere dejar cabos sueltos alrededor de Mier y este afán (desmesurado y pertinente a un tiempo) lo lleva a detenerse cada vez que, en su opinión, surge algo que los lectores no deben, no pueden ignorar, so pena de dejarlos desarmados para entender la vida que él nos quiere transmitir. Lo anterior explica las recurrentes "digresiones" y esa extensión del texto que, como el propio autor lo deja ver en una cita ya referida, a partir de cierto momento se convirtió para él en una especie de lastre. Sin embargo, para transmitirnos *esa* vida, había que dar al lector una idea de cada tema que el biógrafo consideraba *incontournable*; aunque este carácter sólo se manifieste después de que leemos esas páginas que, para otro autor, hubieran sido prescindibles. Así, por mencionar uno solo de una multitud de ejemplos posibles: en medio del capítulo dedicado al abate Grégoire el autor hace una pausa más

y nos ofrece cinco informadas paginitas sobre Jansenio y el jansenismo (p. 182-186); sin las cuales, efectivamente, Grégoire quedaba trunco y, por lo tanto, en esta lógica "holista" de Domínguez Michael, hubiera quedado trunco también su protagonista.

A partir del libro tercero, la *Vida de Fray Servando* toma otro cariz. Pasamos de la teología, o, mejor dicho, de una historia eminentemente teológica, a la historia política. En un primer momento asistimos a los prolegómenos de la revolución hispánica (que estalla en 1808, primero en la Península, pero poco tiempo después en los territorios americanos), para después trasladarnos a tierras novohispanas, en donde Mier desembarcaría en abril de 1817 (después de casi un cuarto de siglo de destierro involuntario). El motivo concreto de este desembarco fue la malhadada expedición del joven ex guerrillero peninsular Xavier Mina, de la cual, nos deja ver Domínguez Michael, Mier se quiso descolgar en cuanto se dio cuenta del destino que tendría (un destino que, por cierto, fue provocado en parte por la ingenuidad e ignorancia del propio fray Servando respecto a la situación política que vivía el virreinato).

En todo caso, en los últimos tres libros de la biografía que reseñamos ya no estamos entre frailes, sacerdotes y obispos, sino, sobre todo, entre políticos, publicistas y revolucionarios. Desde su participación en la guerra de independencia peninsular hasta su encarcelamiento por haber participado en la expedición de Mina, vemos aparecer, en estas páginas de la *Vida de Fray Servando*, a las cortes gaditanas, al lúcido liberal español José María Blanco White (tan infravalorado por sus compatriotas durante muchísimo tiempo), al Mier historiador e ideólogo de las independencias americanas y a la ínclita tríada de próceres sudamericanos: Miranda, Bolívar y San Martín.

En estos libros, la cautela de Domínguez Michael se conjuga con su agudeza para darnos un retrato balanceado de un periodo histórico cuya complejidad ideológica ha llevado a más de un historiador profesional a caer en simplificaciones, más o menos sofisticadas, que, en todo caso, terminan por darnos una idea incompleta, por decir lo menos, del periodo.<sup>3</sup> Como botón de muestra, véase lo que Domínguez Michael escribe sobre un tema al que hemos dedicado años

<sup>3</sup> Mostrar las complejidades y ambigüedades doctrinales, ideológicas y políticas de este periodo de la historia hispanoamericana es uno de los objetivos centrales de mi libro *El primer liberalismo español y los procesos de emancipación de América, 1808-1824 (Una revisión historiográfica del liberalismo hispánico)*, México, El Colegio de México, 2006.

de estudio y que, por tanto, conocemos relativamente bien: el primer liberalismo español (específicamente las p. 339, 342, 363, 364, 483, 508 y 574). En ellas, se refleja una visión ponderada de un régimen político y de una corriente de pensamiento que si bien pecó de ceguera e inmadurez respecto al “problema americano”, no prestando a América la atención debida (y, en esa medida, contribuyendo al desprendimiento de las posesiones americanas), no es menos cierto que esta valoración debe matizarse con elementos que Domínguez Michael apunta en su libro: la corta duración de ese primer liberalismo peninsular, las circunstancias “geopolíticas” del momento en que surgió y, por supuesto, la fuerza del absolutismo (encarnado, sobre todo, en Fernando VII, pero apoyado en un aparato eclesiástico cuyo ubicuo poder en el mundo hispanoamericano de aquel momento es bien conocido).

En última instancia, Domínguez Michael acierta cuando escribe que el liberalismo peninsular (cuyo carácter radical y moderado, pues es ambas cosas a la vez, percibe bien el autor) “nunca apreció la tozuda resistencia que América presentó contra la desintegración del Imperio” (p. 574). Una frase que resume bien un aspecto central de las emancipaciones americanas, y que, hasta hace poco tiempo, los historiadores americanos persistían en ignorar (o, por lo menos, en no calibrar adecuadamente): la presencia continua en casi toda América de una opción que, si bien no pretendía dejar las cosas como estaban, tampoco estaba interesada en independizarse por completo de España.<sup>4</sup>

Tal vez sea éste el momento de señalar algunas de las inconsistencias e inexactitudes a las que nos referimos en los primeros párrafos de esta reseña. Está de más apuntar que la mayoría de ellas están sujetas a debate interpretativo, lo que las convierte, más bien, en desacuerdos. El primero de ellos, de cierta consideración, se refiere al abate Grégoire y la tolerancia. A diferencia de Domínguez Michael y a reserva de que se nos escape alguna connotación específica de su planteamiento a este respecto, no creemos que el *Essai sur la régénération physique, morale et politique des juifs* (1788) de Grégoire pueda

<sup>4</sup> Para Domínguez Michael, la “tragedia” del primer liberalismo español fue haber despreciado a América (p. 342). En relación con estos temas, más concretamente con el liberalismo hispánico, véanse las líneas que Domínguez Michael dedica a la confluencia entre el patriotismo de Mina y el independentismo de Mier en la página 483 (una “comunidad histórica” que, nos dice, “estaba condenada a fracasar”).

ser considerado “la gran discusión ilustrada sobre la tolerancia religiosa” (p. 166). Solamente en el caso francés, este lugar le podría ser disputado por el “revuelo” causado por algunas voces del *Dictionnaire historique et critique* (4 v., 1695-1697) de Bayle y, mucho tiempo después, por el *Traité sur la tolérance* (1763) de Voltaire. Ahora bien, fuera de Francia, el texto que primero viene a la mente es *A Letter Concerning Toleration* (1689) de Locke (aunque, como se sabe, son varios los textos que este autor dedicó al tema de la tolerancia religiosa). Sobre el tema específico de los judíos, cabe mencionar el tratado *Reasons for Naturalizing the Jews in Great Britain and Ireland* (1714) del librepensador irlandés John Toland (1670-1722).<sup>5</sup>

También sobre el tema de la tolerancia, Domínguez Michael afirma que antes de Grégoire, “la palabra ‘tolerancia’ sólo se entendía por su acepción negativa” (p. 180). Tampoco a este respecto podemos estar de acuerdo. Aquí, una vez más, Bayle nos puede servir de “contraejemplo”, pero cabe preguntarse si, un siglo y medio antes que él, algunos de los escritos del humanista Sebastián Castellio (1515-1563), quien tuvo el coraje y la osadía de enfrentar la teocracia de Calvino, no presentan ya una perspectiva sobre la tolerancia que no es puramente negativa.<sup>6</sup>

Otro aspecto de la *Vida de Fray Servando* que nos parece discutible es la insistencia de Domínguez Michael en el carácter político-teológico de todos los escritos de Mier. Se trata, claramente, de una cuestión de matiz, pero más allá de las referencias religiosas que aparecen, efectivamente, en toda su obra, y del carácter eminentemente teológico de varios de sus textos, no estamos seguros que la *Memoria política-instructiva* sea “la más alta expresión del ingenio político-teológico servandesco” (p. 621) o que el llamado “Discurso

<sup>5</sup> Más allá de nombres específicos, el punto central que queremos transmitir aquí lo refleja bien la historiadora inglesa Dorinda Outram cuando plantea la siguiente pregunta: “Why should the issue of religious toleration have aroused such strong passions, and such continuous debate in the Enlightenment?” *The Enlightenment* (Cambridge University Press, 2005; p. 114).

<sup>6</sup> Sobre este fascinante personaje, no puedo evitar recomendar al lector la relación que sobre el enfrentamiento mencionado hace Stefan Zweig en su libro *Castellio contra Calvino (Conciencia contra violencia)* (Acantilado, 2001). Del propio Castellio hay una edición que hizo Roland H. Bainton del *De haereticis* con el título *Concerning Heretics* (Columbia University Press, 1935), que incluye un extenso estudio introductorio y extractos de otras obras del mismo autor. Sobre el lugar de Castellio en la historia de la (idea de) tolerancia en Europa, puede verse el capítulo III del libro *L'Édit de Nantes (Une histoire européenne de la tolérance)* (Le livre de poche, 1998).



de las profecías” sea “la encrucijada final del pensamiento político-teológico del fraile” (p. 660). En cualquier caso, consideramos que un análisis más propiamente político de ambos textos (que, sin duda, puede llevarse a cabo) extraería de ellos más aspectos (o, más bien, aspectos distintos) de los que se desprenden del análisis, en clave eminentemente teológica, que hace Domínguez Michael en el libro quinto de su biografía.

A continuación, apuntamos otros de nuestros desacuerdos con Domínguez Michael; incluimos también algunos que sí se pueden considerar inexactitudes y, en un par de casos, gazapos (que a todos se nos cuelan). Sin distinguir entre estos diferentes niveles y siguiendo el orden en que aparecen en el texto, se pueden mencionar los siguientes: ubicar al Concilio de Trento (1545-1563) en “las últimas décadas del siglo XVI” (p. 71); referirse a Jovellanos como “el mostrenco príncipe de las Luces españolas” (p. 135, adjetivo que, más allá del sustantivo al que se aplica en este caso, nos parece inadecuado); convertir al diputado puertorriqueño Ramón Power en Ricardo (p. 367; lo mismo sucede en el índice onomástico al final del libro); considerar a Blanco White un “conspirador por la Independencia [americana]” (p. 368; que no hace más que repetir un cargo, infundado, que le ha hecho a este liberal la historiografía española durante muchísimo tiempo; con respecto también a Blanco, creo que en la p. 405, Domínguez Michael subestima su influencia sobre Mier); colocar a Guillermo de Occam (1295-1349) y a Jean Gerson (1363-1429) en un punto sobre la línea del tiempo que se ubica antes de Tomás de Aquino (1225-1274) (p. 430); referirse al libro de Martínez Marina como *Teología de las Cortes* en lugar de *Teoría de las Cortes* (p. 431); afirmar que el jurista suizo Emer de Vattel era alemán (a quien, además, se le priva de una de las dos “tes” que forman parte de su apellido, p. 456); incluir, sin mayor explicación, a Manuel José Quintana entre los “exaltados” del Trienio Liberal (p. 569); otorgarle un año más de vida al ya mencionado Fernando VII, quien murió en 1833 (p. 574); y, por último, afirmar que, exceptuando su actitud hacia el clero, el Plan de Iguala “coincidía cabalmente” con la Constitución de 1812 (p. 618; afirmación por demás discutible, aunque solo sea porque el primero era un documento para sentar las bases de la Nueva España como un país independiente y el segundo la consideraba una provincia más dentro de una monarquía constitucional bicontinental).



El último libro de la *Vida de Fray Servando* está dedicada a los últimos siete años de la trayectoria vital de Mier: por estas páginas desfilan la consumación de la independencia de la Nueva España, el Imperio de Iturbide, las últimas cárceles del protagonista, su paso por los Estados Unidos, su participación en el congreso que redactaría la Constitución de 1824 y, finalmente, su consagración como el “abuelito de la patria” (la expresión es el título del último capítulo del libro).<sup>7</sup> En esta parte final cabe destacar la revaloración de la figura de Iturbide que plantea el autor en el capítulo que le dedica dentro de su biografía (p. 617-649); las constantes contextualizaciones históricas (que siempre son de agradecer; verbigracia: “Salvo para Mier y su grupo, no había en septiembre de 1822 contradicción en ser liberal y partidario del Imperio” (p. 637); la valoración ponderada de la consumación de la independencia (que, para el autor, no fue una contrarrevolución, pero sí un “anticlímax”, p. 618 y 648); la consideración de la actividad parlamentaria de Mier como “la cúspide de su vida política y el evidente eclipse de su influencia” (p. 652; sobre la magnitud de esta actividad, véase la p. 668) y, para terminar, los párrafos que dedica Domínguez Michael a discurrir inteligentemente sobre las dotes “proféticas” de fray Servando en lo que concierne al futuro político del país.

En estos párrafos el autor nos recuerda que tampoco la república centralista, que fue la que Mier defendió infructuosamente en el congreso de 1822-1824, evitó las guerras civiles (cuando fue instaurada la década siguiente). Al respecto, confiesa Domínguez Michael: “No deja de inquietarme pensar que México acabó por sobrevivir a través de un Estado que, toda proporción guardada, fue un tipo de república autoritaria semejante a la que Servando demandó” (p. 663). En esa misma página, el autor contrasta el conservadurismo

<sup>7</sup> “Servando fue uno de los pocos hombres de su generación que murió en la cama y el único que fue testigo de su apoteosis.” (p. 677). Efectivamente, la manera en que concluye la vida de Mier contrasta notablemente con el modo en que muchos de los líderes políticos de las emancipaciones americanas terminaron sus trayectorias vitales. A reserva de que cada caso es diferente y que, por lo tanto, habría que estudiarlos por separado para poder extraer conclusiones generales, creemos que el destino de muchos de estos líderes es muy elocuente sobre lo que podría denominarse la naturaleza “saturnal” de la emancipación americana (todos fueron, de una u otra manera, devorados por la marea independentista). Pensamos no sólo en el caso (mil veces repetido pero no por ello menos paradigmático) de Bolívar, sino también en Miranda, Sucre, San Martín, O’Higgins, Artigas, Moreno, Rivadavia, Monteagudo, Rocafuerte o Iturbide, todos ellos no solo actores, sino “protagonistas”, de las revoluciones de independencia.

de Alamán con el liberalismo de Mier y, en una sugerente y debatable propuesta, plantea que el segundo fue más lúcido, pues reconoció que “sólo las constituciones, probadas una y otra vez en la escuela del fracaso, tenderían el puente entre el *ancien régime* y las democracias”.

Hasta aquí con esta reseña de la *Vida de Fray Servando*. Si no otra cosa, esperamos haber cumplido con ese deseo que expresa Domínguez Michael cuando se refiere a los teólogos calificadores de la Inquisición que tuvieron que revisar cuidadosamente los textos de Mier y que los leyeron “con esa atención que sueña todo hombre de pluma” (p. 538). Nosotros, más que leer a Domínguez Michael, lo disfrutamos. En el camino, nos enteramos de no pocas cosas que vale la pena saber o, al menos, contrastar (o, a veces, confirmar). Entre ellas, que el denostado (por la historiografía mexicana) Juan López Cancelada poseía varias cualidades poco comunes (p. 376-377); que el ninguneo de Talamantes por parte de Mier, muy probablemente tiene en la envidia su razón primera (p. 417); que en la superficialidad de su mirada hacia América del Sur, fray Servando se revela como el primer “mexicocentrista” (p. 448); que en el retrato más fidedigno que, según el autor, poseemos de su biografiado, éste es descrito como un hombre “de carácter altivo, soberbio, y presuntuoso” (p. 537); que Mier, tal como se lo dice oblicuamente un corresponsal sudamericano, es una muestra más de esas “extravagantes propensiones de que generalmente están poseídos sus paisanos, de que México en su capacidad de nación es superior al resto del mundo”. Y sigue dicho corresponsal (refiriendo algo que consignamos, sobra decirlo, no por Mier, sino por lo que nos toca a nosotros, sus compatriotas): “Familiarizados con estas ideas contraen los mexicanos un género de vanidad que los conduce a exageraciones risibles que los hombres sensatos advierten y notan.” (p. 603); que varios de los fundadores del México independiente, incluido Mier, fueron eclesiásticos que se hicieron republicanos sin pasar por la Ilustración (p. 604), se trata, por lo demás, de una variante de la idea (otra vez, sugerente y debatable) que el autor plantea en la primera parte de su libro y que, por su naturaleza e importancia hermenéutica, aparece a todo lo largo del mismo: Mier vivió toda su vida una tensión, no resuelta, entre su “herencia barroca” y las “tentaciones modernas”.

Por último, que en esa misma descripción a la que acabamos de hacer referencia (escrita, por cierto, en mayo de 1820 por el inquisidor Antonio de Pereda), Mier es considerado “de genio duro, vivo y audaz”, con un talento “no común”; el cual, además, se manifiesta con “gran facilidad”. Y sigue el inquisidor: “Su corazón está tan corrompido que, lejos de haber manifestado en el tiempo de su prisión alguna variación de ideas, no hemos recibido sino pruebas de una lastimosa obstinación. Aún conserva un ánimo inflexivo, y un espíritu tranquilo y superior a sus desgracias”. Y concluye De Pereda, quizás intuyendo que el final de la Nueva España, y del resto del imperio español americano, estaba muy cerca: “Su fuerte, y pasión dominante, es la Independencia revolucionaria, que desgraciadamente ha inspirado y fomentado en ambas Américas por medio de sus escritos llenos de ponzoña y veneno.” (p. 538). Con estas palabras termina esta descripción de fray Servando que nos refiere Domínguez Michael en la parte final del capítulo 14 de su libro; una descripción que “acaso —escribe el propio autor después de tres lustros de ser la sombra de su biografiado— sea la más aproximada que obtendremos de él”.

Roberto BREÑA

El Colegio de México